

Don Cristóbal no era Príncipe, ni mucho menos; pero sí hombre de progreso y que miraba hacia adelante, como lo prueba que diera colegio á todos sus hijos y estado eclesiástico á dos de ellos.

Miguelico, que salía muy listo y despier-to, fué enviado á Valladolid apenas tuvo doce años y la verdad es que si allí luego luego se aprovechó y se hizo elogiar de sus adustos profesores, también se endiabló un tanto cuanto, aficionándose á la vida estudiantona, con escapadas del colegio, bailes y visitas á mujeres que vestían de todas modas, como dirá más tarde un enemigo suyo.

No por eso descuidaba los estudios, antes se hacía distinguir en ellos, puesto que un sabihondo de aquellos coloniales de grandes anteojos negros, cofia, caja de rapé, siesta, chocolate y flatulencias, le mandó una vez su mediceto de oro, proclamándole el que más y mejor sabía sobre filósofos contemporáneos, todo ello á causa de cierto acto público que fué muy sonado y en el que se distinguió de veras el joven estudiante.

Tales fueron de éste los adelantos que (á pesar de que ya la envidia le seguía y acechaba y reprendía, porque, *sin pelo de barba*, osaba discutir graves cuestiones) tales fueron, decimos, que fué nombrado rector del propio colegio de San Nicolás, donde hiciera sus estudios.

Pero ya la ineptitud y la ignorancia andaban atando sus nudos de reptiles bajo el naciente pedestal de este talento; ya la miseria moral andaba minándole el terreno á este hombre fuerte. Como contra su ciencia nada podían, inventaron resucitar contra el rector los pasados errores juveniles y echárselos en cara; se habló de mala conducta; se habló de críticas irrespetuosas á textos y pedantes consagrados y Don Miguel fué depuesto de su cargo y enviado al curato de San Felipe.

Este lugar, que quizá merece la atención de los viajeros más que Dolores, pagaba á su cura pingüe renta y le permitía tener asistente que desempeñara sus funciones. Con esto Hidalgo, joven y lleno de vida, dió á la suya amplitud y esparcimiento. Formó música (á que siempre fué muy afecto), de

estrado y de campaña, compraba todo libro nuevo, traducía comedias y las hacía representar, tenía tertulia en el curato. Un rasgo pinta las tendencias, ya revolucionarias de este espíritu superior. ¿Sabéis lo que tradujo é hizo representar? ¡*El Gazmoño (Le Tartufe)* de Molière! De todo ello y de la libertad de sus opiniones filosóficas, y de los libros nuevos y reprobados que leía, le harán cargo más tarde sus enemigos en el proceso que por semejante época y secretamente le instruyera la Inquisición.

Cuantos se le acercaban le querían, menos los necios (que siempre fuera privilegio triste del talento hacerse aborrecer de la imbecilidad). Tanto que quienes le denunciaron como herético fueron precisamente dos obstinados pedantes de quienes se burlara sabrosamente en una discusión iniciada á posta.

Sabido es que la estupidez, que adula é intriga, acaba siempre por triunfar materialmente del altivo ingenio. Así le ocurrió á don Miguel, á quien chismes y cuentos hicieron que se le rebajase de categoría, enviándole del rico Curato de San Felipe al de la Congregación de Dolores, muy inferior en importancia y rendimientos.

No por eso se amilanó, que arrestos le sobraban; pero sí debe de haberse sentido contrariado y amargado por la injusticia, que tanto lastima á los hombres de valía.

Però no lo dió á conocer; al contrario, dedícase allí á llevar una vida activa y ocupada de continuo. Sabido es de todos cómo puso alfarería (Y su loza, dice Alamán, se vendía con mayor aprecio que la de Puebla) y fábrica de seda (de la que llegó á fabricar piezas de ropa que aún existen) y tenería de pieles y fábrica de vino.

Hacía progresar al pueblo, mantenía cordiales y gratas relaciones con sus vecinos, socorría á los necesitados con trabajo, que es el verdadero socorro, y no la limosna, casaba á los enamorados, y, en una palabra, se hacía querer y venerar de todos.

*El último insurgente*, Pedro García, ha narrado con sencillas frases é ingenuo estilo cómo fué él mismo protegido al quedar huérfano y casado al llegar á la edad acomodada, por su Cura, y la vida que éste hacía en Dolores.